7 / mayo / 1962

Recortado

CAMPO

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

HE pasado unos días en el campo. Unos días de auténtica égloga, bajo un cielo impóvido del que las nubes habían sido barridas por un viento previsor y en el que el sol brillaba puntualmente, presidiendo la entera y ya larga jornada de primavera. Esa experiencia es en mi vida harto infrecuente, porque estoy más hecho a pisar el asfalto que el césped, más habituado a la comunicación que al cenobio. Precisamente por lo excepcional he encontrado a esos días de vacaciones un sabor nuevo y sugestivo.

A lo primero que me considero obligado es a reconocer al gallo su papel de gran chambelán de la naturaleza, de gran regulador y abridor del día. ¡Qué puntualidad la suya, qué afán porque nada ni nadie le arrebate la prioridad de su función! Lo del gallo quebrando albores, frase que, por cierto, me resulta especialmente enfática, se ajusta a la realidad de los hechos, y apenas un vestigio de luz, una bocanada de luz inflama el velamen lejano del cielo, ya está el gallo denunciándolo. Paul Morand definía Nueva York diciendo que todo era posible en la gran ciudad, salvo que le despertase a uno el canto de un mirlo. ¡Ah, si en el campo no le despertase a uno el del gallo se dormiría *indefinidamente*!

Cierto que el silencio también se extraña y que no siempre llama al sueño. Yo he comprendido siempre a aquel lord Allen, figura familiar en el Londres de la época victoriana, del que nos habla Jacques Chastenet. Casi nunca había salido de la capital, y eso, paradójicamente, lejos de darle desenvoltura, le tullía y limitaba cuando viajaba. Del White's al Crockford's, ida y vuelta, ése era su trayecto habitual. Una vez que lord Alvanley consiguió que le acompañase a Douvres, falto de los ruidos habituales de la capital, no pudo conciliar el sueño y fué necesario alquilarle un coche que se pasease arriba y abajo, sobre el empedrado de la calle desierta, hasta que cerró los ojos. Mis anfitriones, dispuestos, por otra parte, a todas las delicadezas, no necesitaron recurrir a esos trucos. Dormirse en la ciudad es como andar sobre un terreno adoquinado, empujado tan pronto a la derecha como a la izquierda. Ya se ha desprendido uno de sí mismo, cuando el frenazo de un automóvil le vuelve a la realidad. Ha de comenzarse de nuevo, pero ahora es el ulular de un avión a chorro el que nos interrumpe, y acaso una radio indisciplinada o las risotadas que vienen del piso de arriba, donde se celebra una fiesta. En el campo se cae en el sueño como en la nada. Andar por la estratosfera debe de ser algo parecido. El campo es buen rodrigón y cómplice de los sueños. Los ruidos labradores y campesinos los extingue la oscuridad. ¿Qué tienen que ver ellos con el nuevo horario ni con el antiguo? El sol es su gran reloj, su único reloj.

Luego queda el aire. Un aire que transporta a sus lomos olores simples, r u r a les, vitaminizados. Olores, eso sí, no siempre gratos, acres a veces, agrestes; pero que uno comprende que son hospedados por los pulmones con menos estrago que los químicos perfumes del salón.

Y la indumentaria... Cuando el hombre quiere liberalizarse de engorros y etiquetas, su primer ademán es siempre el mismo. Consiste en desabotonarse el cuello de la camisa, en aflojarse la corbata, en reemplazar el cuero del zapato por el cáñamo y la lona de la alpargata. Se adquiere así una ligereza, una ingravidez que es, por sí misma, un goce al mismo tiempo espiritual y físico, y casi de modo simultáneo—curiosa simultaneidad—empieza uno a interesarse por la vida de los animales. Se pasa de la indiferencia a la curiosidad automáticamente, sin transiciones. L o s apareamientos son noticias que nos llegan con el desayuno, paralelas a las que los periódicos nos transmiten de las aventuras amorosas de las estrellas cinematográficas. Cuando la gran vaca mugidora da a luz sus becerros, todos nos felicitamos y vamos a contemplar el espectáculo, el eterno y elemental espectáculo de la aurora del mundo. Entonces el encargado, como una comadre murmuradora, nos cuenta la historia familiar de la vaca y sus vicisitudes.

La única interpolación de la vida rugiente que corre a pocos kilómetros con aquel coto cercado en que accidentalmente vegeta-

mos es la radio. Los periódicos, no; ésos vienen a la zaga, con noticias polvorientas ya, envueltos en canuto y con mucha menos tentación de lectura que en su forma primaria. La radio se les anticipó siempre, y, en todo caso, el diario local. La radio—gallo de mediodía— nos hace saber que han ardido tres casas, que han estallado seis bombas, que del mundo de los vivos la muerte ha borrado aquel nombre que brilló tanto y tanto tiempo. Y el eco que todo ello provoca en nuestro ánimo, por el simple hecho de que estemos en el campo, es distinto del que nos causaría si siguiésemos en la ciudad. El campo es siempre la lejanía, y sumergirse en él es como impermeabilizarse, como inyectarse una misteriosa sustancia que nos anestesia, que hace menos agudas nuestras crisis, menos zozobrantes las horas.

Si a mano viene, sólo el dolor físico se acrece. Ante el dolor físico nos sentimos inermes. La farmacia está a varios kilómetros; el médico, también. La fiebre se enseñorea sin obstáculos de nosotros, nos recorre de punta a cabo y al fin nos abandona como un rayo caprichoso al que divirtió dibujar nuestra silueta sin malherirnos.

En fin..., las vacaciones se concluyen. Hay que volver. Nos esperan visitas, llamadas telefónicas, facturas, obligaciones a fecha fija, conferencias, pésames... todo, en suma, lo que la vida de relación impone como servidumbres inaplazables. Se recompone el sucinto equipaje, se monta en el coche y a la ciudad otra vez. Millares de coches nos preceden y nos siguen. ¿De qué nos ha servido esa semana? ¿Hemos calafateado nuestros pulmones, reactivado la circulación de nuestras venas, liberado el hígado de malos humores? Cualquiera sabe... Mi piadosa amiga Amalia X se quejaba de que su marido se gastaba en unas noches de París todas las indulgencias que ella le había ganado en un año. Temo que mi organismo, sujeto al régimen, al riguroso régimen urbano que habitualmente le exijo, dilapide en pocas horas las rentas de salubridad ahorradas en estos días de descanso. Ya no hay gallo que valga. Suena el despertador más metálico e imperativo que nunca. Anochece sobre nuestra máquina de escribir, pero el crepúsculo ya no se nos da en espectáculo y no lo saboreamos, sino que viene a nosotros de puntillas, sigilosamente. Hay que encender la lámpara. ¿Cómo no trajeron el periódico todavía? En el de la mañana, varios hechos importantes, varias decisiones graves quedaron a punto, esperando su anudamiento o su rescisión. Las dos grandes unidades—luz y sombra—, las únicas que cuentan en el campo, se parcelan y fragmentan en la ciudad. El dietario nos anticipa la jornada. De cuatro a cinco, de cinco a seis, de seis a seis y media... El campo, gran desdibujador lo emborrona todo. Las citas, si se conciertan, no van uncidas a las aspas del reloj, sino a la pura y elemental fisiología o a las exigencias gastronómicas. A n t e s, después de almorzar, pasada la siesta... El campo nos enriquece con abundancia de tiempo que la ciudad nos escatima. Un día, de pronto, nos sorprendemos ágiles, tonificados, con plétora de fuerzas, pero bostezando. La vida en la naturaleza se nos antoja contra natura. El campo muere roído por el cáncer, por el sigiloso cáncer del hastío. ¡Al diablo con el campo! Nuestro índice—sumergidos ya en el torbellino ciudadano—elige el mejor teatro, la mejor película sobre la columna, cargada de rimbombantes adjetivos, de la cartelera.